

## DIÁLOGO ENTRE UN ESQUIMAL Y UN PIGMEO



Yukán estaba feliz. Por primera vez en su vida, había podido quitarse toda su ropa de abrigo, sin recibir ni el menor síntoma de frío, y había cambiado todas sus calurosas pieles por unas simples bermudas y una camiseta de tela. Hacía una mañana soleada, y el termómetro de la pared del hotel marcaba 27°C. Los pájaros piaban en las ramas de los árboles, anunciando la llegada de la primavera. Tras un largo bostezo, se levantó de la cama, y abrió la ventana de par en par. Una suave brisa acarició las cortinas de terciopelo. “¡Qué bonito día!” pensó, mientras olía el fresco aroma a hojas y a lluvia. Decidió calzarse y conocer un poco más de mundo. Tras devorar el rico desayuno del buffet, lleno de defensas para afrontar el nuevo día, salió a la calle. En esos momentos, mientras contemplaba la habitada y enorme ciudad, era el hombre más feliz del mundo. La vida allí era completamente diferente: en vez de iglú tenían casa, en vez de trineos, coches y en vez de hielo, calzadas de cemento. ¡Cómo podía cambiar la cultura a miles de kilómetros! Durante unos minutos se quedó inmóvil, absorto, contemplando cómo la gente corría de un lado a otro, sin rumbo fijo.

Ya eran las 12 de la mañana, así que se sentó en un banco a comer el rico bollo que había cogido, sin que nadie le viera, de la barra del buffet. Estaba tomando el sol cuando, de repente, un hombre se acercó a él. Yukán ni se inmutó, seguía con los ojos cerrados escuchando el motor de los coches.

-Hace una mañana estupenda- le oyó decir. Su voz era grave y el acento parecía extraño.

-Tú no eres de aquí ¿verdad? continuó diciendo.

Al parecer la paz y la tranquilidad habían terminado. Yukán decidió hacer un poco de caso a ese curioso hombre y abrió los ojos. Tras un rato en el que los dos

se quedaron mirándose, - un rato bastante incómodo por cierto - el hombre extraño decidió presentarse.

-Hola, me llamo Shaná-, dijo, tendiéndole la mano con una sonrisa de oreja a oreja.

-Yo, Yukán- contestó estrechándole la mano. Las tenía ásperas, poco cuidadas, como si el paso de los años las hubiera ido arrugando. Su piel era oscura y, a juzgar por el acento, él tampoco era de Madrid. Y como si le hubiera leído los pensamientos, éste añadió:

-Yo no soy de Madrid, vengo del norte de África, de un pequeño pueblo que se encuentra entre dos grandes montañas. Los de otras tribus nos llaman pigmeos. Mi padre es el Gran Suko, y yo seré su descendiente cuando él falte. Me gusta África, aunque estoy un poco cansado de mi día a día; quería cambiar un poco de gente, de tiempo y de todo lo relacionado con el hábitat, así que decidí venir aquí, a España. Bueno, tú ya sabes todo sobre mí, así que háblame de ti.



El tema parecía interesante así que Yukán continuó la conversación. Antes de que el esquimal pudiera comenzar a hablar, Shaná le cortó.

-No quiero molestarte, pero es que me has parecido la persona indicada para mantener una conversación, pues estás en la misma situación que yo -añadió con cara de preocupación.

-No te preocupes, estoy muy solo esta mañana, y un poco de compañía no me vendrá nada mal. Shaná sonrió.

-Bueno, pues ahora es mi turno. Verás, vengo de Alaska, del Norte de América, que está relativamente cerca del Polo Norte. Al igual que tú, desde muy pequeño he querido viajar fuera del país, y por esto estoy aquí. Me gusta, porque esto no tiene nada que ver con el lugar del que yo procedo. Yo me dedico a la pesca, y cada mañana tengo que viajar un montón de kilómetros para pescar unos míseros peces con los que alimentar a mucha gente. Nosotros nos desplazamos en trineos, no en coches. Estos trineos están tirados por perros... Y, bueno, esa es mi

vida. Ah, se me olvidaba, vivimos en iglús, que son unas pequeñas casitas hechas de hielo...

-Y ¿esas casas son frías como dicen?- preguntó el pigmeo que había seguido la conversación atentamente sin pronunciar palabra.

-No, porque las paredes están recubiertas de pieles que no dejan pasar el frío-contestó. A Yukán le gustaba que la gente se interesara por su forma de vida, y más si esta persona era de un lugar completamente distinto.

-Me alegro de que haya gente como tú en el mundo que sabe escuchar, y que le interesa hablar conmigo. Si alguna vez vienes de paseo por África, recuerda visitarme, serás bien recibido- dijo mientras se incorporaba.

-Bueno-continuó diciendo- pues ahora que ya nos conocemos y sé algo más sobre los esquimales, creo que la comida me espera, pues ya llevamos una hora y media hablando.

-Sí, será mejor que vuelva ya. El tiempo se me ha pasado volando; ¡madre mía, son ya las dos de la tarde! Los dos empezaron a reír.

-Encantado de conocerte y de haber pasado este entretenido rato contigo-dijo, mientras le volvía a tender la mano por segunda vez a lo largo de la conversación.

-Lo mismo digo -contestó él.

En ese viaje Yukán, además de haber conocido un montón de cosas espectaculares, se había ganado a un buen amigo, una persona curiosa y dispuesta a tener una buena charla. Si alguna vez te lo encuentras por algún rincón del mundo, no olvides preguntarle por su viaje a Madrid, y por su amigo el esquimal, porque él tampoco lo ha olvidado.

**Adela Viñuales 2º ESO**

